

# Olivier Lecomte

## *In memoriam*



**A la memoria de un gran investigador y amigo de siempre: Olivier Lecomte**  
(Saint-Raphael, 23-06-1949 / París, 15-01-2019)

Nuestro gran amigo y colega Olivier Lecomte murió en París, a la edad de 69 años, durante la noche del 14 al 15 de enero de 2019. Arqueólogo de formación, fue especialista en los períodos preislámicos (helenístico, parto y sasánida). Dirigió la Misión Arqueológica Francesa en Turkmenistán (MAFTUR) entre 1994 y 2013, pero también fue responsable de varias misiones en Oriente Medio, Asia Central y los Emiratos Árabes Unidos. En los últimos años de su carrera, administró la dirección del Centro de Investigación. Arqueológico de Indus-Baluchistán, Asia Central y Oriental (UMR 9993, del CNRS), desde 2009 hasta el 2015.

Después de estudiar georgiano, chino, ruso, en el Instituto nacional de lenguas y civilizaciones orientales (INALCO), comenzó su formación en la arqueología oriental en la Universidad de la Sorbona (París I) y finalizó una tesis de doctorado en 1983. Paralelamente, a partir de 1975 participó en varias excavaciones y estudios en Tureng Tepe y Susa (Irán). En 1981 fue nombrado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, residente científico en Teherán, pero la situación internacional, en ese momento desfavorable en aquel país, haría que su puesto fuera transferido a Bagdad (Irak), donde permaneció durante 5 años, participando en varias misiones arqueológicas dirigidas por equipos franceses (Larsa, Kheit Quassim, Khirbet ed-Diniye, Haradum).

Ingresó al Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS) en 1985, y pronto se interesó en la región de la Península Arábiga. Eso le llevó a coordinar y dirigir distintas excavaciones en el Emirato de Umm-al-Qaiwayn, y específicamente en el yacimiento de ed-Dur (1987-1994), así como otros trabajos en la isla de Ghallah.

Invitado por la UNESCO a realizar un peritaje patrimonial en Asia Central, se hizo amigo de varios de sus colegas de Asia Central que lo invitaron a participar, a partir de

1993, en misiones de excavación en Kazajstán (yacimiento de Örnek, bajo la dirección de Rémy Boucharlat), y luego bajo su iniciativa y única dirección en Turkmenistán, en Geoktchik depe primero y finalmente en Ulug depe<sup>1</sup>. A partir de entonces centró sus investigaciones en la diversidad ocupacional del espacio y en el estudio de las interacciones nómadas-sedentarias, desde el comienzo de la Edad del Hierro hasta la llegada del Islam (I milenio a. C. hasta el siglo VII d. C.). Su trabajo arqueológico sería recompensado con numerosos premios académicos, como el premio Hirayama (2006), el de la Fundación Garnier (2006), el premio de la Fundación Príncipe Louis de Polignac (2009) y el gran premio de arqueología de la Fundación Simone y Cino del Duca (2012).

Fue coautor y editor de una importante obra sobre las excavaciones en Irán: luego publicó importantes artículos sobre las excavaciones en Larsa, en el sur de Irak, y contribuyó a la publicación de las excavaciones de salvamento en Irak. La investigación que dirigió en Turkmenistán daría lugar a múltiples informes y artículos (en francés, inglés, ruso, turkmeno y otras lenguas), trabajos en los que los resultados de sus excavaciones junto con su reflexión, se nutren de su gran cultura para sintetizar momentos importantes en la evolución histórica del Asia Central.

De una manera más personal, agregaría que Olivier amaba la vida, porque su naturaleza era la de un explorador moderno a quien le encantaba descubrir “Nuevos Mundos” y una vez explorados, le encantaba compartir con alegría y cierta candidez sus nuevos hallazgos. Yo lo conocí hace más de 20 años. Un caballero alto, políglota con una mirada penetrante, un sombrero beige, un bigote largo y distintivo, un abrigo largo prolongando por un bastón en la mano y un pantalón de algodón ligero cuyos pliegues se ladeaban con gracia rítmica al trote de su caminar musical. Parecía un Lord inglés, impresionando con una cierta coquetería que ostentaba muy bien. Todo un personaje, tal un Sir Mortimer Wheeler, que yo imaginaba salido de un libro de historia...

Era un científico ilustrado cuya pasión se refleja en la elegancia de sus escritos históricos y arqueológicos. Como crítico de su propia investigación, era muy consciente de los límites hipotético-deductivos de su trabajo. Como arqueólogo, compartió constantemente el fruto de sus investigaciones más íntimas, sus nuevas ideas y sus datos inéditos de campo. En 2001, tomé parte en el primer grupo que lo acompañó al yacimiento de Ulug depe, en Turkmenistán, donde aprendimos mucho de él, de su conocimiento de la literatura arqueológica soviética, de su experiencia de campo, de su metodología en la excavación, de su gestión muy humana y su particular comando en jerarquía horizontal. Era adorado por los obreros en las excavaciones, también fue muy apreciado por los arqueólogos de Asia Central y Rusia. Su lado humano siempre prevalecía y son muchos a los que supo apoyar sin reservas.

Sin lugar a dudas, fue un amigo fiel, un padre espiritual para otros y para conmigo. Siempre presente para apoyar material, moral y científicamente a todos los que lo rodearon de cerca y de lejos. Olivier Lecomte, politizado con un alma de izquierda, ético por convicción y valor, fue un gran hombre, único y excepcional por su nobleza y sus aspiraciones. Su sensibilidad a flor de piel iba de la mano con su extrema generosidad y modestia. No quería que los demás coincidieran como él, sino que fueran mejores que él. Era un investigador apasionado, probablemente demasiado modesto. Su carrera marca un

---

<sup>1</sup> En los primeros años (2002-2004) y en razón a la salud de Oliver, se organizó un triunvirato junto a Rémy Boucharlat y Henri-Paul Francfort. La codirección por el lado turkmeno estaba confiada primero a Yegen Atagariiev (Instituto de Historia) y luego a Muhammed Mamedov (Dirección turkmena para la protección, el estudio y la conservación del patrimonio histórico-cultural).

trabajo que pertenece hoy y por siempre a la historia de la arqueología oriental y del Asia Central.

A unos meses de su triste desaparición, sus colegas y sus amigos conservan el recuerdo de un ser con una personalidad fuerte, pero generoso, y siguen apreciando su sentido del humor y su gran curiosidad por la literatura, la arquitectura, las artes y la música mundial. Le gustaba tocar instrumentos de viento, la gaita era privilegiada, pero le encantaba tocar la quena andina al sonido de los “bailecitos” entre otros... Justamente, querido Olivier, déjame que te cuente esta última historia indoamericana, que se asemeja a tu alma humana y sensible. Historia que nos convence de que la muerte es una mentira, tu nombre vivirá de forma imperecedera en nuestros corazones:

*“La mujer y el hombre soñaban que Dios los estaba soñando. Dios los soñaba mientras cantaba y agitaba sus maracas, envuelto en humo de tabaco, y se sentía feliz y también estremecido por la duda y el misterio. Los indios makiritare saben que si Dios sueña con comida, fructifica y da de comer. Si Dios sueña con la vida, nace y da nacimiento. La mujer y el hombre soñaban que en el sueño de Dios aparecía un gran huevo brillante. Dentro del huevo, ellos cantaban y bailaban y armaban mucho alboroto, porque estaban locos de ganas de nacer. Soñaban que en el sueño de Dios la alegría era más fuerte que la duda y el misterio; y Dios, soñando, los creaba, y cantando decía: —Rompo este huevo y nace la mujer y nace el hombre. Y juntos vivirán y morirán. Pero nacerán nuevamente. Nacerán y volverán a morir y otra vez nacerán. Y nunca dejarán de nacer, porque la muerte es mentira (“La creación”, en, E. Galeano, *Los Nacimientos*, 1982, Siglo XXI editores).*

*Julio Bendezu-Sarmiento*